

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

MI PARTIDA.

Hay en nuestra vida algunas cosas que se conservan siempre imborrables en nuestra mente, porque en ellas experimentamos grandes emociones que conmueven nuestra alma y agitan nuestro corazón: estas horas *solemnes*, según Voltaire, son las de la separación de las personas á quienes queremos, y las en que volvemos á ver á estas personas de nosotros estimadas. La pluma de mas valía no pudiera expresar con verdad las distintas sensaciones que nos agitan en estos momentos de eterna recordación, y solo he dado al alma sentir en ellos todo el peso de una ausencia que no es olvidada. Dicho esto, no parecerá extraño al lector que mi discurso se me prive del fuego que en tales momentos nos anima, porque á la verdad hay cosas que se sienten mas que se espresan, y que sin embargo es preciso decir las, so pena de ser tachados de ingratos: por esta razon, que yo creo de mucho peso, he veído en la precision de consig-

nar en esta pobre hoja el sentimiento que me ha causado abandonar esa ciudad, donde tantas atenciones he recibido, y las personas que en ella se han dignado honrarme con su amistad.—Si la gratitud, según se ha dicho muy oportunamente en un número anterior, es un *deber sagrado*, ¿podria yo dejar de cumplir con tan dulce obligacion, cuando tantas muestras de aprecio se me han dado, cuando he sido juzgado con tanta indulgencia, y cuando en vez de amarga crítica, solo he hallado voces que me han alentado, y corazones que han sabido comprender el mio? ¿Sería yo digno de estas continuas muestras de aprecio, que de la estremada delicadeza de los gaditanos he recibido, si entregase al olvido estos recuerdos que son mi gloria, que me sirven de estímulo, y me impelen á entregarme con mas asiduidad al estudio de nuestros buenos modelos, con el fin de hacerme algun dia digno de los elogios que con tan escesiva bondad me han tri-

butado? No, mil veces nó: el primer deber de un hombre honrado es la gratitud, y la que yo conservo á los cultos gaditanos no tiene límites.

Por esta razon y contrastando el temor de presentar un cuadro falto de animacion, si con la verdad se compara, he decidido dar cuenta de mi partida del mejor modo que me sea posible, con el fin de no incurrir en la falta de ingrato, y de complacer á algunas personas que me merecen mucho cariño.

El Viernes 13 de Marzo de 1840 es uno de aquellos dias que se conservarán siempre en mi mente, porque en él me ví precisado á abandonar á mis amigos, no sin verter abundosas lágrimas ántes de separarme de ellos, para entregarme á merced de los vientos y de las aguas; una lancha debia conducirme al barco de vapor Fenicio, y yo puesto de pié sobre la popa con el alma dolorida veia á los que se quedaban en la orilla vertiendo tambien lágrimas por mi ausencia. A pocos momentos llegamos al vapor, y ya apenas se divisaban las personas queridas de quienes acababa de separarme. Mi última mirada, mas elocuente que cuanto hubiera podido decir mi lengua, les arrojé desde lejos, y una lágrima rodó por mi mejilla, y fué á perderse entre las verdes olas del mar. Este proceloso elemento estaba muy sereno, y Cádiz se mostraba á lo léjos, como un canasto de flores meciéndose en las olas, ó como un navio pronto á hacerse á la vela, segun ha dicho un célebre escritor francés contempo-

ráneo. Esta ciudad encantadora, cuya belleza es indisputable, parecia dormida, y poco á poco fué perdiéndose entre las sombras de la noche. Entónces quise lanzar otra mirada al traves de la oscuridad, deseando aun divisar los objetos queridos que abandonaba; pero solo ví la luz del faro mostrándome el sitio donde se quedaba la antigua perla fundada por Hércules, y tan preciosamente conservada. Una noche cruel siguió á aquel dia en que tantas lágrimas habia vertido. En la tarde del siguiente dia 14 llegué á Gibraltar, donde al momento salté en tierra, deseoso de ver esta ciudad tan celebrada, este emporio del comercio, que con mas propiedad pudiera llamarse «la segunda Babel,» tal es la confusion que reina en ella. En el corto espacio de tiempo que permanecí allí ví hombres de todas las naciones de Europa, amen de algunos africanos, y de los fanáticos judíos, que errantes de pueblo en pueblo, arrastrando una proscriccion de mas de 18 siglos, esperan la venida del Mesias que los ha de libertar. ¡Qué contrastes tan caprichosos formaban los diversos trajes, las distintas costumbres de los unos y de los otros! Gibraltar es por su posicion inespugnable; y sin embargo esta plaza española, fué vendida por la traicion á los ingleses que hoy la poseen. A la mañana del dia siguiente llegué á Málaga; ciudad que por su posicion y por su comercio va cobrando un grado de esplendor que aumenta considerablemente su riqueza. En ella tuve el placer de

ver á algunos amigos á los que en mucho estimo, y en los dos dias que permanecí en tan amable compañía tuvieron la bondad de enseñarme cuanto mas notable encierra esta poblacion, de un cielo despejado y hermoso, y de una posicion muy pin-tesca: las muestras de aprecio y de atencion que recibí de algunos jóvenes literatos malagueños me fueron en extremo satisfactorias; y después de darme de ellos, parti al fin para Granada, con una impaciencia sin igual. Llegué, pues, á esta ciudad tan celebrada, y confieso que al ver sus calles tortuosas y sus edificios desiguales, un recuerdo vivísimo de la hermosura é igualdad de las de Córdoba, vino á presentarme con mas colorido la morisca ciudad en que me hallaba. Y digo morisca porque Granada conserva aun todo el sello de orientalismo que los árabes le dejaron: Granada es una ciudad de hermosísimos recuerdos, y al paso que desagrada la fealdad de su recinto, el alma se eleva en él, y queda absorta al contemplar un cielo tan puro, una vega tan deliciosa, una sierra nevada (anciano venerable encargado de velar por la seguridad de tan vasta poblacion), y una antigua Alhambra, recinto de la inscripcion, sello indeleble del genio de la cultura de una nacion apellidada bárbara, por los que carecian de su ilustracion y de sus ardientes imaginaciones. La naturaleza y el arte han contribuido á hacer este palacio, puramente árabe, único en el orbe por su belleza; y ámbas trabajando de consuno, le han dado las

mejores prendas que poseian. Y con efecto ¿habrá algun alma tan estúpida, á quien no inspire aquel patio de los Leones, tan justamente celebrado, aquel inmenso bosque de columnas, con paredes de filigrana, con pavimento de ricos mármoles, y donde el oro y el azul mas vivo se conservan de una manera prodigiosa? ¿Habrá alguno á quien no inspire pavor la célebre sala de los Abencerrajes, y que no crea ver aun rodar en la pila que hay en ella las cabezas de los desgraciados gefes de esta tribu? La Alhambra es una de aquellas cosas que no se comprenden como no se vean, y todo elogio, por mas que parezca exagerado, es mezquino, atendida la hermosura sin par de este célebre monumento.

El trato de los granadinos me ha hecho recordar mucho el afabilísimo de los gaditanos, y en esta ciudad, como en aquella, he encontrado personas que con demasiada bondad se han dignado honrarme con su amistad, la que yo me he apresurado á aceptar, porque es pura, nacida del deseo de aleutarme en un pais donde apenas conozco á nadie, y que es tan á propósito para los jóvenes que, como yo, empiezan, y desean adelantar en la bella senda de la literatura.

Estos son los pormenores de mi viaje que, cumpliendo con lo que algunos amigos me pidieron al ausentarme de esa ciudad, me he atrevido á delinear; débil bosquejo á la verdad de lo que real y verdaderamente ha pasado por mí; porque

no me cansaré de repetirlo, las lágrimas que al partir de Cádiz he vertido, han sido hijas del corazón, pues quedan en esa ciudad personas con quienes me unen los vínculos de la amistad más íntima; personas que con sus consejos me han enseñado la verdadera senda de los adelantos. Si omito aquí sus nom-

bres es porque temeria ofender su modestia declarándolos, y porque el público, como yo, ha tenido lugar de juzgar sus producciones en algunos números de este periódico.

Granada y Marzo 27 de 1840.

MANUEL CAÑETE.

LOS LIBROS. — LAS BIBLIOTECAS.

El período romano fué en la antigüedad el más glorioso para los libros. Apenas se creía que los palacios y los templos eran dignos de servir de bibliotecas. En las casas particulares se les consagraba lo mejor del edificio (*pars nobilior*). Cuando fueron compañeros del lujo, cuando la riqueza los arrancó de las manos del indigente saber, se les construyeron cajas de marfil, de cedro, de ébano, y se les guarneció de oro. Nada se omitió para embellecerlos.

Séneca, indignado con toda la plenitud de su cólera, con toda la amargura de su corazón, contra aquella especie de amor platónico con que se insultaba los libros, exclamó: ¿se han convertido en adorno profano los instrumentos de la ciencia: sus estúpidos dueños los colocan en armarios de cedro, incrustados de marfil, y bostezan después en su docta compañía, porque no saben apreciar más que el ornato de los títulos y la elegancia de los frontispicios!

La sátira del filósofo no produjo efecto: creció el lujo, y los libros fueron señores de suntuosas bibliotecas.

La irrupción de los bárbaros acabó con la mayor parte de los libros, y los pocos que quedaron á salvo tuvieron que refugiarse al sagrado de las iglesias, y á la oscuridad de los monasterios.

Largo y terrible fué para la literatura el período de la edad media. Los libros, débil conjunto de algunas hojas que la sola acción del viento bastaría á dispersar, ¿cómo habia de presumirse que pudiesen triunfar de la mano de hierro que mutilaba ó destruía los edificios de piedra? Sin embargo, la debilidad misma de su materia salvó muchos libros. Daban ellos á la naciente religión armas para combatir al paganismo: los bárbaros lo conocían, y por eso cuidaban tanto de perseguirlos, quemándolos públicamente sin misericordia.

EL TROVADOR.

*Si vos queréis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos
Y no á todo el poder de los humanos.*

ERCILLA.

I.

Un cielo cerúleo se ve tachonado
De antorchas brillantes que arroban la mente,
Y guñan cual ojos que luz esplendente
Deslumbra, si fijos la osaron mirar.

Un rostro de argento, que diz es un astro,
Cual lámpara hermosa que el templo ilumina,
Alumbra mintiendo la luz matutina,
Y al alma le inspira la plácida paz.

Un pardo edificio con dos torreones,
Gigante que otea risueña campiña,
Dó al prado y la selva corona la viña,
Revela al viandante castillo feudal.

Un rio olivoso, el húmido Bétis,
Con linfas mas puras que brillo de estrellas,
Besando amoroso sus márgenes bellas,
Murmura al echarse en brazos del mar.

Un aire mas blando que risa hechicera
De cándida virgen que al tálamo sube,
Meciendo las flores, derrama una nube
De esencias, que llega la noche á velar.

Al amor de clara Luna
Toca al término sin vela,
Que cuando sopla fortuna
A palo seco se vuela
Y sin brújula ninguna.

Salta en tierra el infanzon,
Y en tanto que el marinero,
Baña en el fondo el rezon,
Parte, y al son del acero
Le palpita el corazón.

Reinaldo á ver torna á Elvira,
La bella virgen que adora,
Porque en su pecho le inspira
Dulce llama abrasadora,
Y enternecido suspira.

Y desfallece cutaido
Porque *adios* la va á decir;
Mas el honor le ha llamado
Y animándose á partir
Himno guerrero ha entonado.

Una véloce barquilla
Se desliza suavemente,
Y desflora con la quilla
La pura y mansa corriente
Que la trae de Sevilla.

El remo cruge y levanta
Vena argentada en sus calas:
Cual cisne que á enjuta planta
Descoge sus blancas alas
Y en son lastimero canta.

No cual suleo del arado
Deja en el cristal señales,
Sino como el fortanado
Que agenos vido los males,
Huyó, y se les han borrado.

Cual flecha el batel ligero
Dos bultos trae en el banco;
Uno es apuesto guerrero
Armado de punta en blanco;
Otro es el diestro barquero.

El sagrado y glorioso estandarte
De la Cruz en los aires ondea,
A su aspecto el ibero desea
En el campo de honor combatir:
Cual campana que llama á los fieles
Al oficio divino del templo,
Mil falanges guerreras contemplo
Inflamadas del fuego del Cid.

¿Quién no siente el divino entusiasmo
En su pecho, y el ansia de gloria?
¿Quién no anhela cumplida victoria
Alcanzando corona inmortal?
¿Si la escelsa matrona que el Cielo
Dió á Castilla por reina y señora,
A su pueblo leal que la adora
El turbante mándó derrocar!

Caiga al bote de lanza enristrada
 El postrer eslabon enmohecido
 De la férrea cadena que ha sido
 Ocho siglos de Hesperia el baldon;
 Y aquel suelo cubierto de flores
 Que el Genil con sus linfas sustenta,
 Liza sea de lucha sangrienta
 Dó halle el triunfo el heróico valor.

El intrépido y fiel nazareno
 Ha jurado ante Dios y su dama,
 No apagar el volcan que le inflama
 Mientras reine en Granada Boabdil;
 Guerra á muerte á la raza agarena,
 De hoy mas plegue á propicia fortuna
 Pierda hundida la infiel media luna
 Su apogeo del Dauro y Genil.

Si en los siglos futuros reinare
 Una virgen hermosa con gloria,
 Fastos de oro ofreciendo la historia
 Gozará su brillante esplendor;
 É imitando el ejemplo sublime
 Que la diera ISABEL de Castilla,
 Elevada á su inclita silla
 Clara Luna será de este Sol.

CORO.

*A Pelayo sucede Fernando
 Para unirse á la escelsa ISABEL,
 Cuya gloria, su imperio ilustrando,
 En dos mundos presagia un dosel.*

Al modo que anima
 A noble alazan,
 La bélica trompa
 Que oyó resonar;
 Ya el férreo bucado
 Comienza á tascar;
 Ya eriza sus crines,
 Y anhela trotar,
 Llevando en sus lomos,
 Con brío marcial,
 Ginete esforzado
 Que va á pelear;
 Así el pensamiento
 Que tétrico asaz
 Al jóven Reinaldo
 Llególe á angustiar,
 Con súbito giro
 Le siente inflamar
 A influjo del canto,
 Cual llama voraz:
 Corona de gloria
 Su sien ceñira,
 Y Elvira gozosa
 Muy mas le amará.

II.

De un laud los armónicos preludios,
 Sin curarse del aura que dormia,
 Cada flor en su cáliz repetia,
 Y esta letra voló de flor en flor
 A una maga de amor.

Luna llena y despejada,
 Que al ir el Sol al ocaso
 Por oriente te abres paso
 Y ocupas su alto zenit;
 Agora tu faz velada,
 Cual virgen que el rostro oculta
 Porque el cláustro la sepulta,
 Encubra mi frenesí.

Diviso el macizo muro
 ;O Dios! que mi amor encierra,
 Angel que invoco en la guerra
 Porque es bello serafin;
 Y porque á par de ser puro
 El corazon que atesora,
 Yo la adoro, ella me adora,
 Por eso soy yo feliz.

Una luz resplandeciente
 Súbito mi mente pasma,
 Y cual aérea fantasma,
 La sigue sombra sutil.
 Sombra adorada y viviente,
 En tu dulce movimiento
 Me revelas al momento
 Quien dibujas de perfil.

El cetro del Universo
 Es muy ménos envidiado
 De mi pecho enamorado,
 Que eres tú, fiel sombra, sí;
 Pues como el bello reverso
 De una medalla preciosa
 Unida estás á la hermosa
 Que te da forma gentil.

Perla del Andalucía,
 Claro Sol, divina estrella,
 Sílfida amorosa y bella
 Que cielo y tierra hallo en tí;
 Si por mi mal, gloria mia,
 Me vieses yo confundido,
 En el caos de tu olvido,
 ;Qué fuera, Elvira, de mí?

Tú, la dulce engendradora
De un amor constante y fino;
Tú, la que encanto divino
Supiste en mi alma infundir:
Déme el cielo que te adora
Por tu sin par donosura,
Dueño ser de tu hermosura,
O si nó á tus pies morir.

Elvira escuchaba
Su fiel trovador,
Su rostro pintaba
Virgíneo rubor.
Ya puesta á la reja
La falta el valor,
Hablar no la deja
Fundado temor.
Su pecho la invita
Dar rienda al dolor,
Consuela su cuita
El canto de amor.

Virgen la de negros ojos,
Que alma y vida me has robado;
En vano el rigor del hado
Estallará sobre mí;
Si á lo que pido de hinojos
Accedes agora pía:
Responde, señora mía,
¿Me amarás tú siempre?—*Sí.*
Mira que de cruda guerra
El afilado cuchillo,
En el soldado y caudillo
Feroz se suele esgrimir;
Pero tu temor destierra,
Que tu imagen adorable
Hame vuelto invulnerable:
¿Me serás constante?—*Sí.*
El clamor de la inocencia
Que llama á madre amorosa,
A quien la muerte en la fosa
Por siempre acaba de hundir;
No igualará si en mi ausencia
Huérfaño de amor me viera
Porque infiel tu pecho fuera:
¿Serás fiel, Elvira?—*Sí.*
Amor en plácido día
Dénos de solaz las horas
Que resbalen voladoras
Nuestra existencia á su fin;
Y cuando en la tumba fría
Estrechados reposemos,
Aun allí nos amaremos;
¿Es verdad, señora?—*Sí.*

Ya el aurora se avecina
A despertar la natura,
Las estrellas con pavora
Han cesado de lucir:
Hueste es que se disemina
A guisa del agareno
Que persigue el nazareno;
Adios ¿serás mía?—*Sí.*
Yo parto ¡o Dios! y ya el alma
Del pecho quiere exhalarse,
Y en el tuyo reanimarse
Mientras combato en la lid:
Goza, Elvira, dulce calma,
Y plegue al piadoso cielo
No vierta llanto sin duelo
Si me olvidas: ¿me amas?—*Sí.*

Lentamente
El guerrero
Al barquero
Torna á ver.
Tiernamente
La doncella
Llora bella
Su doncel.

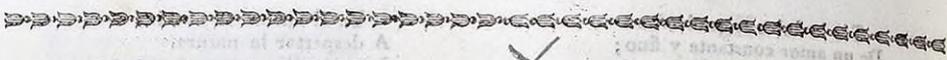
Un ruiseñor en su nido
De repente despertó,
Porque en eco fiel oyó
Un suspiro y un gemido.

III.

Reinaldo animoso, guerrero esforzado,
Cual fiero Mavorte sembrando la muerte,
Cruel cimitarra de vándalo fuerte
A impulso potente rindió con fragor.
Gloriosa ISABELA su arrojo ha premiado,
Cual madre amorosa le halaga, le admira,
En blanda coyunda le ha unido á su Elvira,
Y acaba la historia del fiel trovador.

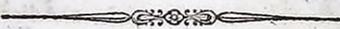
Cádiz: 1837.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.



X

La lógica de las pasiones.



Hallábanse en una habitación bastante elegante dos jóvenes sentados al brasero, y uno de ellos había tomado el difícil trabajo de consolar á su amigo.

—Escúchame, Alfredo, le decía, y sé razonable; vivimos en una sociedad organizada de tal modo, que, apesar del amor que tienes á Adela y del que ella te profesa, todo lo que pasa es muy natural.

—Natural! exclamó Alfredo, dando con la badila en la tarima: yo adoro á Adela y soy correspondido; Eugenio Roland no está ni remotamente apasionado de ella, y Adela le ve con antipatía. Y sin embargo yo he sido despedido, y mi rival se casa con mi amada. ¿Es esto natural?

—Y tanto! amigo mio, en el estado actual de la sociedad; el Sr. Durand, padre de Adela, es muy rico, siendo así que tú solo tienes lo preciso para vivir: ¿cómo quieres pues que un hombre que ha sacrificado su vida á amontonar oro, entregue su hija y sus bienes á un joven como tú, que comparado con él, nada posees? Tú pretendes que una joven solo puede ser feliz casándose con el que ama, y él está firmemente persuadido de que la felicidad consiste en las riquezas. Es buen padre; casa su hija con un hombre rico. Ambos tenéis razon.

—Pero y el Sr. Roland? dijo Alfredo.

—Ese, contestó el sabio amigo del enamorado, no procede naturalmente; es rico y como no sea avaro, lo que no creo, no alcanzo por qué se casa con una joven á quien no ama. Pero tal vez te habrás equivocado; el Sr. Roland amaré á Adela...

—Tú me has impedido robarla, dijo Alfredo con amargura y sin contestar á su amigo.

—No te he impedido robarla, me he opuesto á que hicieras una tentativa inútil; creeme, Adela no hubiese accedido á fugarse contigo: es un medio gastado ya hasta en las novelas. Estas cosas ya no son de nuestro siglo, ni están en nuestras costumbres. Tenias otro proyecto tan ridiculo como el primero y del cual felizmente te he disuadido; querias batirte con el Sr. Roland... batierte! y por qué? como si el Sr. Roland figurase para algo en el amor que tienes á Adela! y por otra parte si tú morias todo está dicho; si fuese Roland el muerto, la familia Durand no podría admitirte en ella; y si herias á tu rival le dabas un derecho.

—Eres muy positivo, dijo Alfredo á su amigo.

—Veo claro y no estoy enamorado. Ya conoces ese axioma que

que nunca está unó mas cerca de la enfermedad que cuando dis-
ta de perfecta salud: si es cierto,
mas próximo que nunca á ser

—Ah! exclamó Alfredo paseándo-
te complaces en aumentar mi có-
ra y mis penas.... Yo feliz! quan-
do en este momento se está firmando
el contrato matrimonial de la que
yo amo, con el Sr. Roland; cuando
causará la sancion de la ley los u-
irá irrevocablemente.

En este momento el criado que
servia á Alfredo Bernard anunció
una visita inesperada.

—El Sr. Roland, dijo.

—Roland! exclamó Alfredo.

—Puesto que se halla á tu puerta,
dijo el sabio amigo de Alfredo, claro
está que no firma su contrato ma-
rimonial.

—Se habrá concluido el negocio!

—Quién sabe?

—Qué entre.

El Sr. Roland entró. Era un hom-
bre de unos treinta años, bien pa-
recido y bien portado.

—Caballero, dijo, sentándose fa-
miliarmente al lado de Alfredo, y
como demasiado preocupado para
ocuparse de las fórmulas de políti-
ca: Vos sabéis quien soy, y sin duda
hace mucho tiempo que espiais mis
pasos con el ojo vengativo de un ri-
val. Por lo que á mí hace no he sa-
bido hasta ayer que amábais á la
señorita Adela: por qué no me ha-
beis hablado? Hubiera tenido una
satisfaccion en poder ser útil á un
hombre honrado; os hubiera cedido
voluntariamente á la que amábais,

porque yo no la amo, porque me
caso por despecho, por desespera-
cion amorosa.... Ahora, caballero,
vengo á pedir os un favor, y os su-
plico que me escuchéis para que
conozcais la situacion en que me en-
cuentro.

Alfredo, poco dispuesto en favor
de un rival que le arrebatava una
mujer sin amarla, recibió con frialdad esta manifestacion; no pudo sin
embargo prescindir de decir al Sr.
Roland.

—Hablad, caballero, os escucho.

—Hace tres años que estando en
un baile que daba el ministro de la
guerra, ví á la señora N.... y me ena-
moré perdidamente de ella. La se-
ñora N.... estaba casada con un jó-
ven que la miraba con indiferencia
y que tenia todos los defectos del
alma y todas las desgracias corpo-
rales que debian privarle del amor
de una mujer tan hermosa como la
suya. Yo pensé que la señora N....
sería una conquista fácil. Seguí to-
dos sus pasos; me informé de las
casas que frecuentaba y me introduje
en ellas. Mi vida no tuvo mas que
un objeto; agradarle y hacerme amar
de ella. El Sr. N.... me proporci-
onaba todos los medios de conseguir-
lo; su casa era el sitio en que unó
estaba seguro de no encontrarle, y
su mujer la persona que ménos veía.
Por espacio de un año ha resistido
la señora N.... á mi amor; ni sú-
plicas, ni obsequios han podido nun-
ca arrancarle una sonrisa. Pero ha-
ce nueve meses que soy mas des-
graciado que nunca, porque he sabido
que la señora N.... me ama.

—Os ama y sois tan desgraciado como ántes!

—Sí; porque desde el día que he obtenido esta declaracion, no la he vuelto á ver.... huye de mí, se oculta; ha pasado el invierno en la casa de una amiga para no encontrarme en Paris. La señora N.... es virtuosa. No escuché mas que mi despecho, y decidí casarme: decia para mí: levantaré otra barrera entre ella y yo. Me propusieron á la señorita Durand, y yo acepté. Mi preocupacion, y si quereis, mi indiferencia eran tales que apenas conocí la tristeza que se habia apoderado de Adela. Ahora que mis ojos se han abierto, la conozco, y sé que el perderos es lo que la causa.

—Caballero, dijo Alfredo.

—Permitidme. El casamiento está decidido; debe efectuarse mañana: la señorita Adela obedecia á su padre, y no debéis estar quejoso de ello como no debo estarlo yo tampoco de la sublime virtud de la señora N.... Toda la familia del Sr. Durand está reunida en su casa; yo tambien me hallaba allí, cuando un amigo sincero y que sabe lo que pasa en mi corazon, me dió este aviso: leed.

El Sr. Roland sacó del bolsillo del chaleco una esquila en la que se leia:

«Amigo mio: el Sr. N.... ha muerto de repente; la señora N.... es libre.»

—He huido; todo lo he abandonado, novia, familia, notario. Oh! hubiera sido muy desgraciado si el Sr. N. hubiera muerto un día despues!... Sin embargo, una familia entera me

aguarda; piensa que voy á volver, y yo no me siento con valor para hacerlo, porque el amor al fin va á recompensarme. Si vos amais á la señorita Adela, corred á casa de su padre, contadle todo lo que acabo de deciros.... Necesita un yerno, pero le necesita al momento: mañana sería tarde! Os aceptará como á tal por amor propio; y yo seré ménos culpable á sus ojos.

—Ah! exclamó Alfredo saltando de alegría; sois un hombre honrado, y el Sr. N.... ha muerto muy oportunamente!

En un abrir y cerrar de ojos el enamorado jóven se vistió de serio, y el coche del Sr. Roland le condujo á casa del padre de Adela. Cuando estuvo á solas con el Sr. Durand le dijo:

—Caballero, en vano aguardareis al Sr. Roland; no volverá.

—Ah! lo sabe todo!

—Sí, contestó Alfredo; ha recibido una carta que le ha instruido; pero vos teneis noticias del amor que profeso á vuestra hija y sabeis tambien que soy correspondido; admitidme en lugar de ese hombre que no comprendia su felicidad, ni la merecia. El Sr. Roland no reclamará.

—Lo creo, contestó el Sr. Durand, y tomando á Alfredo por la mano, le introdujo en el salon en que estaba la familia reunida.

Señores, dijo, yo he hecho todo lo que he podido para dar á mi hija un marido rico; he ido todo lo léjos que se puede ir, y solo me detengo en los últimos límites del po-

paternal; no quiero sacrificar
mi hija. No ama al Sr. Roland;
pero la prueba, me lo ha escrito;
aquí su carta; confieso que no
podido resistir á sus súplicas.

El Sr. Durand sacó una carta de
su hija en la que imploraba su bon-
dad, suplicándole que no la sacrifi-
caba á un hombre á quien no ama-
ba, pero se calló que era la vigési-
ma que Adela le escribía.

—He dado gracias al Sr. Roland
por sus buenas intenciones, y he re-
servado mi palabra. Adela, añadió
diciéndole á su hija que temblaba
como una hoja de invierno, tu pa-
dre te ama y por todos los tesoros
del mundo no quisiera verte desgra-
ciada. Tú amas al Sr. Bernard, te
casarás con él.

El Sr. Durand representó el pa-
pel de buen padre; se enterneció,
salió y pasó á su gabinete á redac-
tar el nuevo contrato que se firmó
la misma noche; y algunos dias des-
pués se verificó el casamiento.—

—Y bien! dijo Alfredo á su amigo
la siguiente al de su boda. Te
explico razon en cuanto al Sr. Roland:
procedia naturalmente cuando
queria casarse con la que ahora es
mi mujer. Pero confiesa que has
caído muy ligeramente á mi pa-
pel político. Y le refirió cuanto ha-
bia sucedido.

—Te engañas, amigo mio, y voy
á explicarte todo el misterio. El Sr.
Roland es muy rico, y se ha retirada
en el momento en que tu padre
político acababa de perder las tres
cuartas partes de su capital....

—¿Está arruinado el Sr. Durand?

preguntó Alfredo.

—No tanto como eso; pero lo hu-
biera quedado si se hubiese divul-
gado que el Sr. Roland habia rehu-
sado el casarse con su hija, porque
se habria creído que no tenia cré-
dito alguno. Y sabes lo que ha he-
cho con su notario? ha disminuido
el dote de su hija en proporcion á
la pérdida que acababa de esperi-
mentar, circunstancia feliz tambien
para vuestro amor, porque no podia
dar al Sr. Roland lo que le habia
prometido. Hé aquí la razon porqué
ha cedido tan pronto á tu súplica.

—Pero tenia noticia el Sr. Roland,
preguntó Alfredo, de la ruina del
padre de Adela?

—Oh! nó, es rico sin ser avaro:
se casaba verdaderamente por un
despecho amoroso; ama con ardor
á la señora N... y el Sr. N... ha
muerto efectivamente hace algunos
dias... todos habeis seguido *la lógi-
ca de vuestras pasiones.*

E. de M.



Al Bétis.

SONETO.

Duerme tranquilo en la dorada arena,
Placido Bétis, lisonjero rio,
Y el eco triste del suspiro mio
Tu linfa lleve de fresca llena.

Este ardor, que mis dias envenena,
Templa amoroso con benigno frio,
Y al cerner de las gotas del rocío
Disipa tú de mi anhelar la pena.

Que yo en la noche á mis gemidos grata
Mezclaré los torrentes de mi llanto
Con esas ondas de bruñida plata:

Tu murmurio sea el eco de mi canto,
Ya que tu seno de cristal retrata
De mis primeros años el encanto.

D. J. HERRERO.

CANCION.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Vereis como brilla
De mil gracias llena,
Cual pura azucena
Que esmalta el vergel.
Son risa sus labios
Que amor pone en juego,
Sus ojos son fuego
Y armiño su tez:

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Sus blondos cabellos
Afrentan al oro
Que brota el tesoro
Del rico Perú;
Hermosas eclipsa,
Cual Sirio radiante
La corte brillante
Con fúlgida luz.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Fragancia recobran
Si entre ellas divaga
Las flores que halaga
Su mórbido pié:

Las auras sutiles
Perfuma su aliento
Si acaso da al viento
Suspiro una vez.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Su esbelta cintura,
Su túrgido seno,
Son ay! un veneno
En rico panal;
Su ardiente mirada
Es tiro certero,
Su rostro hechicero
Es mágico iman.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Ni Armida, ni Laura,
Ni Delia, ni Elvira,
Del vate la lira
Hicieron pulsar,
Con mas ardimiento,
Mas dulce y sonora
Que inspira de Aurora
La grata deidad.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Dó estiende la vista
Allí está su palma,
Que es dueño del alma
Su tierno candor;
Si el labio despliega
Cual tierno capullo,
Del aura al arrullo
Y al rayo del Sol.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

La mírtea corona
Que os ciña á la frente
Es mas que esplendente
Diadema de Ofir;
Pues no se marchita,
Que eterna es su magia
Y dulce presagia
Mil dichas y mil.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;

La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Mas nó, que su hechizo
Los pechos encanta
Y rinde á su planta
Cual presas de amor:
Entónces no pulsan
Los dedos la lira,
El alma suspira,
Se embarga la voz.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

Afrenta los prados
Cubiertos de flores,
De vivos colores
Precioso matiz,
Si pisa su alfombra;
Y el ave canora
Creyéndola Aurora
Gorgea en el pensil.

Venid, trovadores,
Cantad á mi bella;
La gala del Bétis,
La envidia de Abril.

JUAN JOSÉ BUENO.

UTILIDAD DE LA ELOQUENCIA.

Tan superior es la dignidad de la elocuencia que su númen se deriva de la escuela divina; aun no existía el Universo, y ella ya era y había sido desde la eternidad esce-

diendo los límites no solo de la inteligencia sino tambien del pensar; y si por la facultad de hablar se distingue la criatura racional de los irracionales, por el recto modo de

hacerlo, en cuanto á la parte que á los hombres cupo de esta eterna ciencia se conoció y conoce claramente la superioridad de unos sobre los otros hombres, y quedó distinguido el sabio del ignorante. De suerte que la elocuencia á una con la razon es como afirma Quintiliano el don mas noble que recibimos de Dios, pues luce nuestro trabajo por medio de esta ciencia mas que con otra alguna. El que la posee es un hombre admirable para todos, llegando hasta el extremo de ser tenido por divino, en razon de hablar al corazon de los hombres, de moverlo, ablandarlo y llevarlo á donde le plazca y agrade á aquel que posee ciencia tan estimable. Asi es que el hombre elocuente consigue un notable triunfo de las voluntades del pueblo; la libertad y aun el poder de los ejércitos orgullosos con la brillantez de sus armas se rinden gustosamente á la voz del orador elocuente.

Un discurso bien ordenado es capaz de desarmar á un pueblo amotinado y de comunicar valor y entusiasmo al ejército mas débil, dándole nuevos bríos superiores; en fin la elocuencia consigue escitar y mover las pasiones contrarias á las que dominan al auditorio. Es tan útil que toca en lo necesario, pues es de tanto provecho como las letras al científico y como las armas al soldado; porque con ella se alcanza no solo el ser sabio sino el aparecerlo en presencia del público ilustrado, consiguiéndose el triunfo mas completo hasta de los enemigos mas en-

carnizados; de suerte que puede alegarse aquello de Artieda:

Sin ella nada se logra,
Con ella todo se alcanza.

Qué victorias tan notables no consiguió Ciceron sobre sus mas encarnizados enemigos? Si á fuerza de armas hubiese salido triunfante y vencedor, no habia tanto motivo para escitar nuestra admiracion; pero que lo haya hecho por medio de la lengua y de un modo tan completo, y que haya triunfado de aquellos que se hallaban preocupados contra su persona, esto es sí lo que mas admiracion nos causa. La fuerza de su elocuencia desarmó á un enemigo decidido á beber de su sangre cual lo estaba Catilina. El vigor de la lengua de Tulio apagó las sediciones, cortó los motines, dió paz á la república y obligó al malvado á que abandonase el camino de la crueldad; crueldad que no hubieran quizá podido extinguir muchos hombres reunidos y forzudos con sus armas, ó que á haberlo conseguido se hubiera mezclado la sangre del vencedor con la del vencido.

Sube el elocuente Ciceron á la tribuna, mira á su enemigo y al de la república, y soltando su dulce lengua en un seguido discurso elocuente, arrolla al enemigo, le desbarata y le obliga á pronunciarse en vergonzosa retirada hasta ausentarse de la ciudad romana. De este modo Ciceron, solo, inerme y abandonado á sus propias fuerzas, valiéndose de sus luces, todo lo vence, convierte la furia en blandura, y pre-

mina á la misma obstinacion del
solo mas eficaz y ventajoso para
tos, consiguiendo por ello en el
mplo de la fama una gloria in-
ortal é indestructible.

Si tales victorias se consiguen
fuerza de una lengua elocuente,
¿quién pondrá en duda lo que lle-
amos afirmado? A las criaturas ra-
cinales nos fué concedido el uso de
lengua, y entre los muchos que
hallan dotados de este órgano ar-
bitrario son pocos los que llegan á
conseguir los frutos provechosos de
elocuencia. Faltando la elocuen-
cia, faltando el ornato en las pala-
bras, falta la armonía, y los concep-
tos se desvirtuan de tal modo, que ca-
ncen de mocion y no escitan en los
oídos mas que una débil y fria
memoria de cuanto se dice, que so-
nada dura lo que el sonido de las pa-
labras, y el órgano de la lengua de
este modo llega á ser casi inútil á
los hombres ó por lo ménos no se
obtiene el fruto que se pudiera.

Si es útil el hacerse dueño del
corazon de los circunstantes, si lo es
el vencer y cambiar sus conatos cor-
rompidos, no lo es ménos el medio
con que se consiguen tamañas cosas;
tal es la elocuencia en el hombre
que la posée, como la esperiencia
lo tiene constantemente acreditado.
Puede considerarse como un instru-
mento fácil y que está al alcance de
todo el que lo busca con empeño,
instrumento ventajoso para la espe-
cie humana, utilísimo y aun necesá-
rio para salir triunfante en medio
de opiniones encontradas, pues pa-
rece no solo que se habla sino que
se despiden truenos y rayos, como
sucedió á Pericles segun asegura
Quintiliano hablando del poder de
la elocuencia. Tal es la fuerza que
la elocuencia comunica al discurso
del hombre por la propiedad, pure-
za y buena distribucion de palabras
y pensamientos en hablar ó decir
con elegancia.

L. O.

LO QUE SE AMA.

Hay nombres que impresionan
oído cual una suave melodía; hay
también cosas que arrebatan el co-
razon, porque desde el primer mo-
mento revelan su gracia seductora,
sin esfuerzo alguno, sin pretensiones;
ellas bellas de por sí, y enamoran.
Cuando el jóven halla el nombre que
le ama, le ama al instante;
cuando el músico ha colocado el dedo

sobre el teclado de un órgano esclama: «Aquí quiero vivir y morir;»
así también, cuando el pintor alza
los ojos hácia el lienzo de un maes-
tro que él no conocia aun, dice para
sí: «Este ángel de la pintura será mi
guía en la senda sagrada del arte.»
De este modo todas las vocaciones
comienzan su vuelo á una hora mar-
cada anteriormente; y cuan hermo-

so es ver á tantas almas palpitar de esperanza, á tantos talentos penetrar en la ciencia ó manejarla cual frágil arcilla!

Entrad en el santuario del pensamiento, y en él hallareis el culto siempre nuevo de aquello que se ama: aquí le vereis desarrollar las formas en el mármol; allí robar al arco iris sus brillantes colores; acullá en fin ocultarse bajo el encanto de la poesía, y por todas partes, bajo nombres y símbolos diversos, complacer y escitar el entusiasmo de sus prosélitos.

Empero el arte encuentra límites tambien: su pueblo escogido se circunscribe solo á algunas naturalezas privilegiadas; pues á la multitud la vereis reclamar en favor de sus preferencias, en favor de las cosas que ama, y feliz ella en poder amarlas! Examinad sió á qué se reducen las mas veces? á nada en verdad, un rayo de Sol, una sombra, una flor, el canto de un pájaro. Tiene el hombre tan caprichosas preferencias! hace tan pocos esfuerzos para divertirse, ó al ménos para distraerse! Cual un niño en el corazón, ya que no

sea en su figura, aplaude y ensalza cuanto le deslumbra y fascina. Acaso juo dá el hombre á cada objeto el color que quiere ver en él, y no arroja frecuentemente con fatiga el juguete que el dia anterior hechizó su vista?

Hay gustos generales y pasiones especiales; tantos cuantos hombres, tantas íntimas afecciones que en nada se parecen á las de otro hombre. Brilla en la frente la nobleza del gusto principal que contiene el alma; así como la vulgaridad de los sentimientos es la que ha degradado las facciones humanas, cual el fango que no podria mantenerse en vasos de oro.

En fin, el capítulo de las preferencias y de los afectos sería demasiado largo si se le hubiese de seguir en todo su intrincado laberinto. Necesitamos por ventura nombrar el objeto de todas las adoraciones? la mujer! Ah! la mujer es la perla de todas las cosas animadas; pobre perla... y cuantas veces maltratada...

A. DE B.

INDICE.—Mi partida.—Los libros. Las bibliotecas.—El Trovador; *poesía.*—La lógica de las pasiones; *novela.*—Al Bétis; *soneto.*—Cancion.—Utilidad de la elocuencia.—Lo que se ama.

NOTA.—Se previene á los señores suscritores á este periódico, que el próximo número no se repartirá el Jueves Santo, por ser dia consagrado á los Divinos Oficios, y que en su defecto lo recibirán el Sábado Santo.

EL EDITOR.

CADIZ : IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, núm. ° 58.